



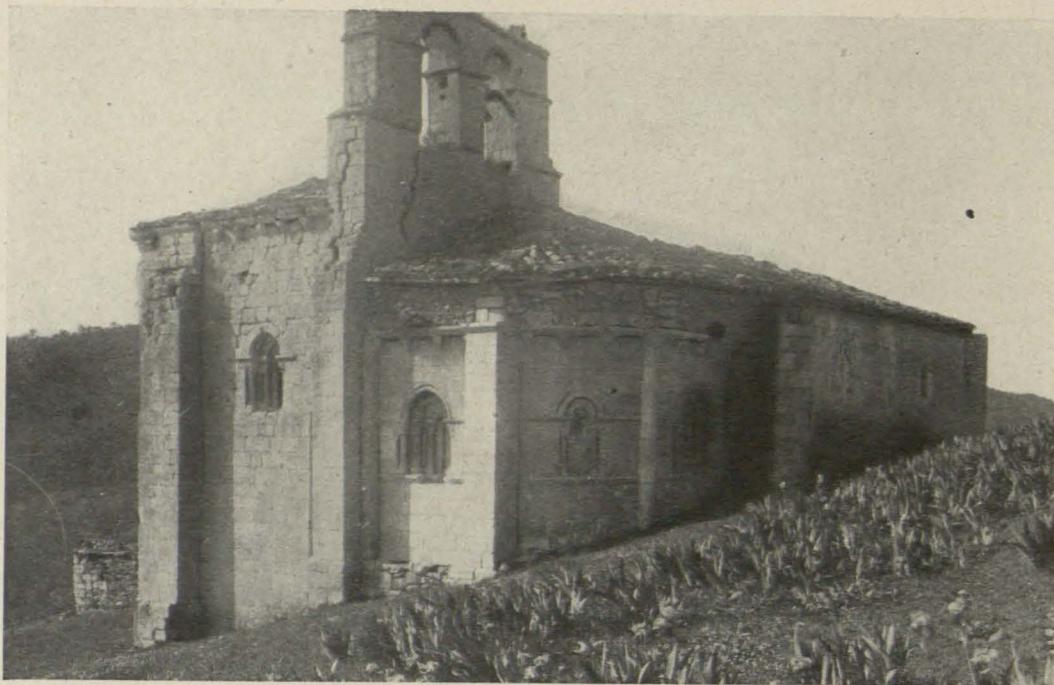
LA ERMITA DE SAN PANTALEON DE LOSA (BURGOS)

Al Norte de la provincia, en uno de los más pintorescos vallecillos, hay una peña inclinada que avanza sobre una colina como la proa de un navío gigantesco, y sobre ella se alza la Ermita de San Pantaleón, sin duda en el lugar tradicional de su martirio, como tantas otras que tienen así justificada su situación en lugares solitarios, lejos de todo.

Tiene una doble advocación: San Pantaleón, que tiene allí altar y sepulcro, y San Pedro, tan sólo con altar. Doble destino, raro en los viejos tiempos, que en esta ermita ha engendrado una planta angular, en L, curiosísima, con una cúpula en el encuentro de las dos naves y un ábside rematándolas. Por desgracia, una de ellas se hundió, o fué derribada, allá por el siglo xv, y se sustituyó por unos adefesios de gótico pobrísimo. Lo que en pie queda es el otro brazo, románico muy tardío, con su cúpula, puerta, ábside y espadaña montada encima, todo del mismo tiempo, que consta en la inscripción de un muro interior, que reza así:

GARZIAS : BURGENSIS : EPS : CON/SECRA-
VIT : BASILICAM : ISTAM : P(O)NTIFI/CA-
TUS : SUI : ANNO : I : III : KALENDAS :
MAR/E : M : CC : XLV (Año 1207)

La ermita amenazaba ruina por todas partes: una gran yedra se colgó de su ángulo y se lo llevaba; la cúpula, al quedar sin contrarresto por uno de sus lados, el del tramo hundido, se deformó y desencuadernó de modo alarmante, y la espadaña se inclinaba hacia los pies de la iglesita, amenazando aplastar su primer tramo. Las consecuencias de grietas, desplomes y deformaciones lo llenaban todo, a tal punto que pareció al principio solución única el desmonte y reconstrucción de la mayor parte del edificio; solución lamentable, por lo complejo e inalterado de todo, y más aún tratándose de un monumento ya singular en planta, fechado y con curiosísimos caprichos en su decoración, como con el zig-zag y el gigantón que hacen de columnas en la puerta; la serie de *prisioneros* que asoman pies y cabeza en las dovelas de puertas y ventanas; las cabezas que decoran otros arcos; los rarísimos capiteles, uno de riños en el interior y otro de una cabeza que muerde el fuste, análogo al de la ventana del pórtico de Rebollo de la Torre, en la misma provincia. Es, pues, un edificio extraordinario, a pesar de su pequeñez, con disposiciones y tipos desusados en todo: planta, alzado, arcos y capiteles. Digno, por consiguiente, de conservarse en la forma más intacta posible,

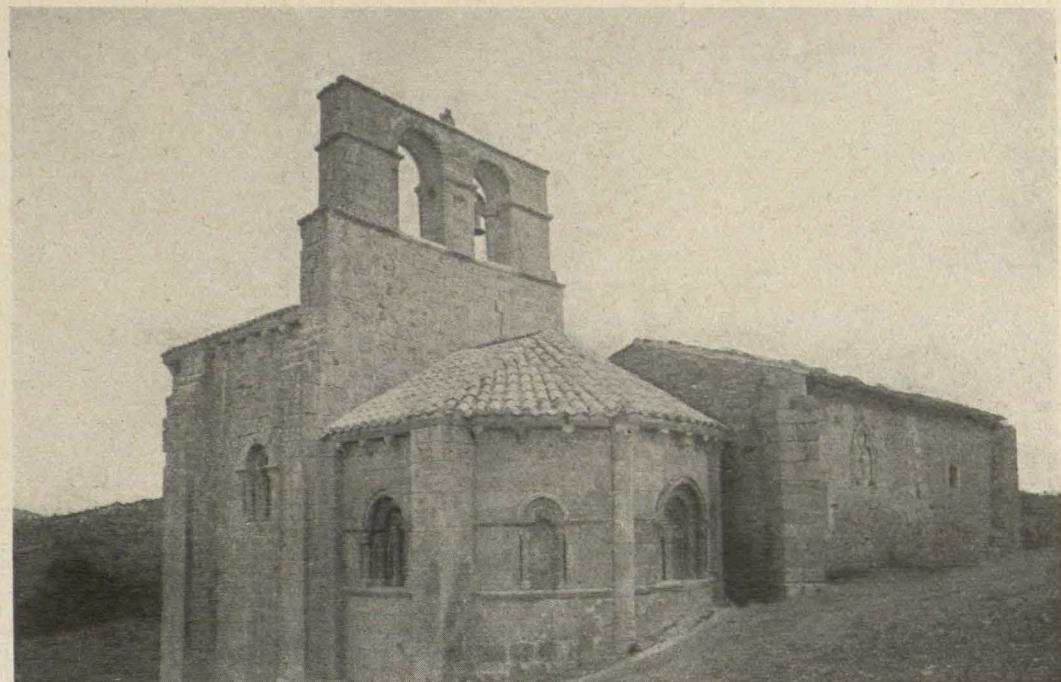


La Ermita de San Pantaleón de Losa (Burgos), antes de su restauración, vista por su ábside.

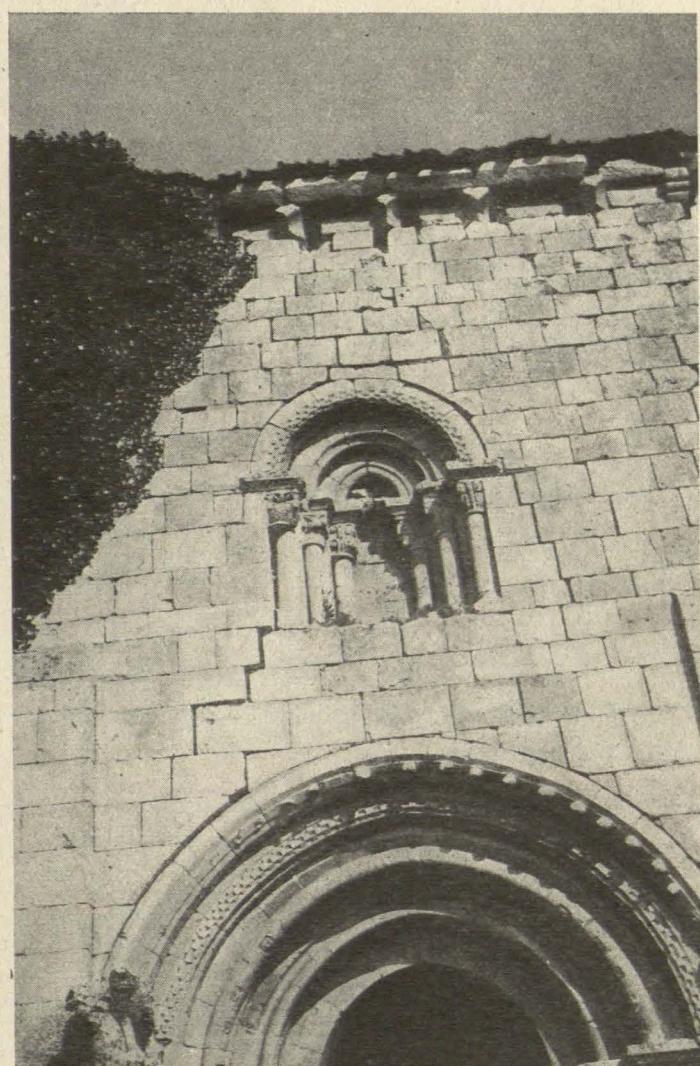
Puerta de la Ermita de San Pantaleón de Losa (Burgos), después de la consolidación, y detalle de la misma.



La Ermita de San Pantaleón de Losa (Burgos), después de su restauración, vista desde el mismo punto.

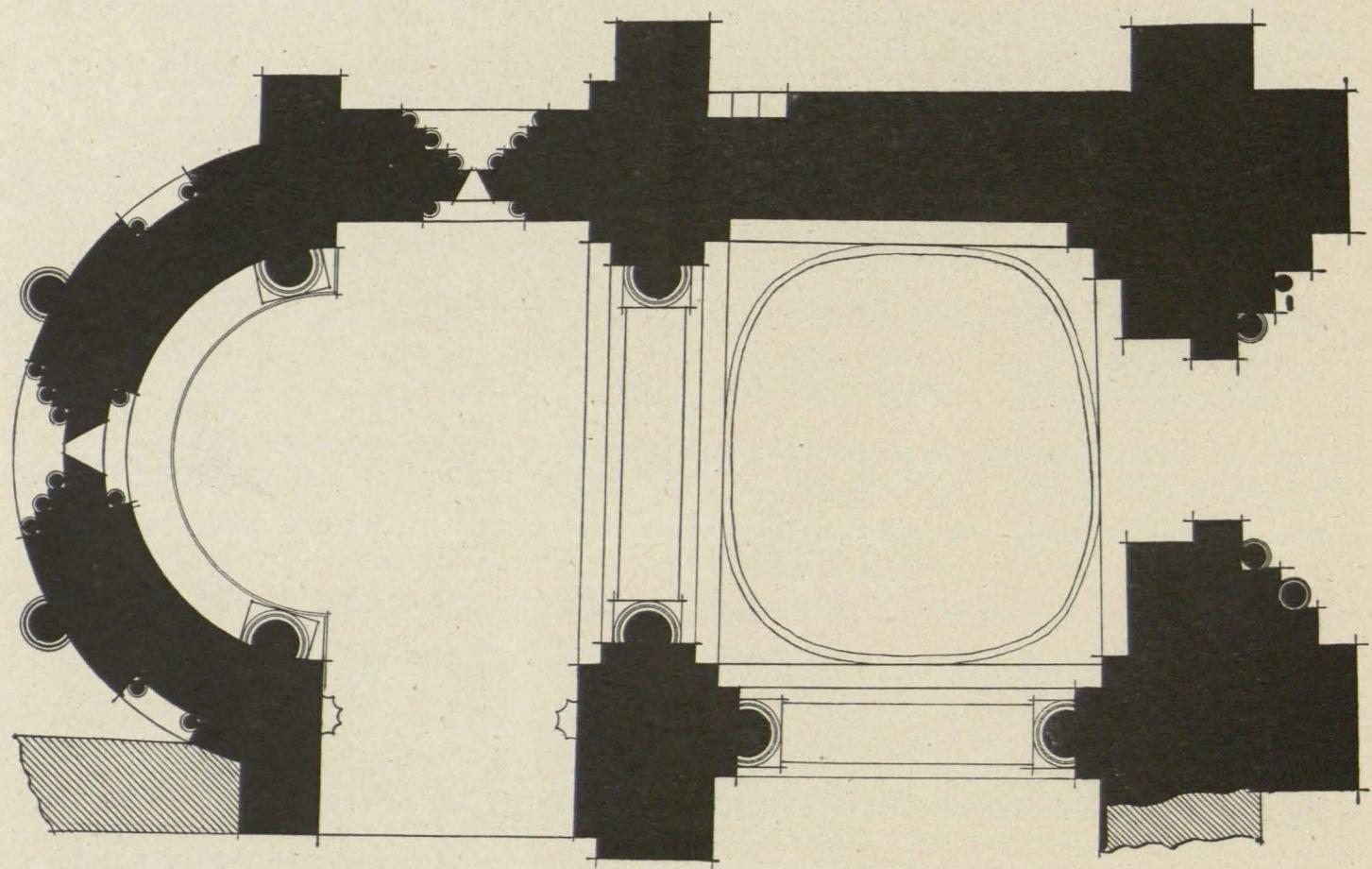


Ermita de San Pantaleón de Losa (Burgos). Ventanas del ábside y del hastial.





*San Pantaleón de Losa (Burgos). La cúpula del tramo de los pies de la ermita antes y luego de su consolidación.
Abajo: Planta.*



con las menores alteraciones y mínimos trastornos.

Se comenzó a estudiar la posibilidad de consolidación de muros y cúpula; los primeros eran de núcleo de malísima mampostería, frenteada por sus haces con sillarejo bien aparejado, y la cúpula, también de sillarejo, soportaba encima un relleno de tierra para sostener las tejas, según la disposición corriente de la época. La carga de la tierra servía para atar un poco los sueltos sillarejos, por lo cual hubo de apearse antes de descubrir todo el trasdós de la bóveda.

La mampostería de los muros estaba completamente suelta, con el mortero de cal convertido en tierra, y al descubrir las bóvedas y partes altas de los muros, aparecieron grietas en su interior, invisibles hasta entonces, de tamaño alarmante, y que los descomponían en hojas.

La bóveda se consolidó armándola con hormigón por su trasdós, dispuestos los hierros dentro de las juntas del sillarejo y en forma de meridianos y paralelos, con lo cual la cúpula quedó cogida y enlazada al nuevo armado resistente, firme y sin empuje, y, desde luego, sin que al interior apareciese nada de la obra realizada.

Con los muros había de hacerse algo análogo y se inyectaron con mortero de cemento, con presiones variables de dos a cinco atmósferas, dejando testigos abiertos para comprobar hasta dónde corría el mortero, lo que demostró, con la sorpresa consiguiente, que de cimiento a tejazos corría sin el menor entorpecimiento. Y así se llenó todo, asegurándose del fraguado y perfecta cohesión de toda la masa resultante. Entonces se repusieron los sillarejos arrancados aquí y allá para los registros de comprobación, y quedó la iglesita sujetada. La espadaña no se pudo volver a plomo de una manera perfecta, teniendo que recurrir a acuñarla en su base y evitar volviese a inclinarse de nuevo.

Un sacrificio lamentable, pero necesario, fué el de la maravillosa yedra que arruinó el ángulo de fachada; se respetó hasta última hora; pero era tal su peso que hubiese arrastrado todo de nuevo si hubiese continuado desarrollándose, y desapareció. Esta ausencia y los tejados vueltos a su posición primera son los únicos signos visibles de nuestra intervención.

FRANCISCO DE ASÍS IÑIGUEZ ALMECH.

